SAN JUAN MACÍAS, del hebreo, «Dios ha hecho gracia» (1585-1645). Hermano cooperador de la Orden de Predicadores. Oriundo de Ribera del Fresno, España; su padre murió cuando él tenía cinco años y su madre al año siguiente; por tanto, Juan e Inés -su hermana menor- quedaron al cuidado de sus padrinos. En casa de sus tutores el niño ayudó con los gastos trabajando como pastor. Una antigua narración relata que en la adolescencia, estando en su labor, tuvo una revelación en la cual san Juan Evangelista (27 de diciembre) le dijo: «...vengo del cielo y me envía Dios para que te acompañe, porque miró tu humildad... Vengo a acompañarte porque te tiene escogido para sí; te tengo que llevar a unas tierras muy remotas y lejanas, adonde te han de levantar templos...». A los 20 años el joven marchó de su tierra natal, llevando en su mente la premisa: «Para que se haga la voluntad de Dios en mí». Durante 19 años recorrió varias regiones españolas, trabajando en viñedos o como pastor, hasta que en Jerez de la Frontera hizo amistad con los frailes de la Orden de Predicadores (dominicos); a partir de entonces vivió sirviendo en el templo y en el convento, aceptando con agrado las tareas que le encomendaban. En 1619, estando al servicio de un mercader, partió al Nuevo Mundo y meses después arribó a Cartagena de Indias, Colombia. Por su honestidad su patrón trató de involucrarlo en sus negocios para que alcanzase fortuna. Sin embargo, Juan renunció a un próspero porvenir material y continuó su travesía hasta llegar a Lima, Perú, donde acudió al convento dominico e ingresó a la vida religiosa como hermano de obediencia o cooperador (1622). Ejecutó con esmero y eficiencia labores de cocinero, de portero y de limpieza. Dio ejemplo de vida por su silencio, continua penitencia, ayuno, humildad, obediencia, austeridad. Sus vestiduras eran túnicas usadas, viejas y remendadas. Sus devociones principales eran el rezo del rosario, se dice que tenía encallecidos los dedos de tanto repasar las cuentas del Rosario y orar en sufragio de las almas del purgatorio. Cuando sirvió como portero convirtió a ese cuarto en su oficina y santuario; ahí rezaba y evangelizaba a las personas que a él acudían, exhortándoles a la paciencia y a tener presente el amor a Dios. Los últimos años de su vida estuvo dotado de dones sobrenaturales y fenómenos místicos atestiguados por los hermanos del convento. Antes de morir expresó: «Me hallo muy conforme con la voluntad de Dios, porque ahora sí que es cierto que es llegada mí hora». Fue canonizado por san Pablo VI (1963-1978; 29 de septiembre) en 1975.

Otros santos: Cornelio, Papa, y Cipriano, obispo, mártires; Santa Edit o Edita de Wilton, virgen y abadesa.